

vsky— la fuga es hacia delante: se trata de encontrar las próximas trincheras, y de definir cómo relacionarnos con el legado nacional mientras las hallamos” (p. 97).

En la última frase aparece con claridad meridiana toda la fuerza y toda la debilidad del enfoque de Adamovsky. Toda la fuerza porque sus críticas a las naciones y al nacionalismo son indudablemente correctas; toda la debilidad porque las “próximas trincheras” parecen difíciles de hallar, o, mejor, apenas están en ciernes. Esta tensión, que no es solamente tensión del pensamiento sino, sobre todo, “contradicción” de lo real, atraviesa de punta a punta las páginas de este libro. Porque no se trata aquí de simplificar la realidad para poderla de contradicciones, ni de someterse a los dictados de las fuerzas sociales hegemónicas, ni tampoco de defender posiciones ético-políticas sin preocuparse por su factibilidad. Si un reproche se le puede hacer a su autor es cierta tendencia a confiar en exceso (cosa que el propio Adamovsky reconoce autocríticamente en un par de ocasiones) en las potencialidades y facilidades de las nuevas prácticas políticas, en sus dimensiones horizontalistas, “glocales”, transnacionales o festivas. Pero se trata de una tendencia con fuertes contrapesos. El realismo es un imperativo que también se halla presente en este libro.

Los dos últimos capítulos están dedicados a las nuevas prácticas y sujetos políticos. “El movimiento asambleario en Argentina: balance de una experiencia” constituye un meditado *racconto* de las virtudes y falencias de las asambleas populares que emergieron a fines de 2001. Entre los aspectos positivos el autor destaca el rechazo a la representación, la acción directa, la negociación de las diferencias, la producción de multiplicidad y la búsqueda de consensos. Lo cual no invalida que las experiencias asamblearias se toparan con una serie de límites y tensiones en su construcción, que Adamovsky agrupa en tres dimensiones: 1) los vínculos internos (o las dificultades de la horizontalidad), 2) los vínculos externos (o la levedad de las redes), 3) estrategia (o los dilemas de la autonomía). La lectura de estas reflexiones es largamente recomendable para todos los interesados e interesadas en conocer experiencias concretas de

movimientos que procuran ensayar una política horizontalista y autónoma. Cabe consignar, por lo demás, que la concepción del autor es sumamente equilibrada, procurando detectar defectos y virtudes, puntos fuertes y costados débiles. Es sumamente sugestiva su afirmación de que son las organizaciones autónomas las que más demandan de organización; y de gran interés las reflexiones referidas a los vínculos entre el estado y los grupos autónomos.

El último capítulo “Problemas de la política autónoma: pensando el pasaje de lo social a lo político” tiene un carácter más prescriptivo que descriptivo. Su objetivo fundamental es ensayar una serie de propuestas estratégicas y metodológicas que permitan a los movimientos sociales anticapitalistas superar la fase de resistencia social y pasar a una fase política. En parte funge como una síntesis de las ideas expuestas en los trabajos anteriores; pero también introduce elementos ausentes en ellas. Quizá el más destacado sea la propuesta de la Asamblea del Movimiento Social (AMS), un intento por imaginar cómo sería posible y viable construir una macro-organización que respete la diversidad y la autonomía de los grupos participantes, al tiempo que permita la acción política en gran escala. Una propuesta digna de ser debatida y, por qué no, ensayada.

Ariel Petruccelli

(Universidad Nacional del Comahue)

A propósito de Andrés Bisso (selección documental y estudio preliminar), El Antifascismo argentino, Buenos Aires, CeDInCI Editores/ Buenoslibros, 2007, 679 pp.

El Antifascismo argentino es un libro que tiene un destino predecible: se constituirá sin dudas en un material de consulta imprescindible para todo aquel que pretenda acercarse a la experiencia antifascista en la Argentina. El muy cuidado volumen, de casi setecientas páginas, reúne ciento sesenta textos y documentos producidos por organizaciones, militantes e intelectuales del amplio campo antifascista, publicados originalmente en revistas, folletos o diarios entre las décadas de 1920

y 1940. Los antecede un estudio preliminar de Andrés Bisso, quién continúa con sus aportes al análisis de este campo, materializado en varios artículos y en su libro **Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial**, publicado en 2005, un balanceado e inteligente análisis de la trayectoria y la retórica de esa organización.

El estudio preliminar de Bisso, además de explicar los criterios de ordenamiento de los documentos seleccionados, destaca la tensión siempre presente entre una prédica antifascista que se pretendía unificada bajo una posición monolítica y una coherencia atemporal, y la coexistencia de una multiplicidad de individuos y grupos que diferían —en ocasiones radicalmente— en aspectos políticos e ideológicos, incluyendo tales disidencias la definición del propio fascismo contra el que se buscaba luchar. El interés partidario e incluso electoral aparecía en ocasiones bajo los ropajes de una prédica universalista, tensando tales diferencias aun más.

Aun sin alcanzar jamás la homogeneidad, el antifascismo presentaba —en especial desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial— como banderas compartidas la defensa de la democracia, las libertades constitucionales y una tradición histórica argentina enraizada en el panteón liberal. Tales eran las banderas que lograban cobrar —con sus matices y diferencias— a socialistas, liberales, radicales, comunistas y algunos sectores católicos.

La apelación antifascista argentina, cuyos orígenes se remontan a la década de 1920, tras la Marcha sobre Roma, no ganaría potencia sino tras el ascenso al poder de Hitler en 1933, y en particular a partir del llamado del PCA en 1935 a la conformación de un Frente Popular, en consonancia con la estrategia de la Internacional Comunista. La fuerza de tal convocatoria quedó manifiesta en el acto del 1º de mayo de 1936, en el que confluyó la totalidad del espectro identificado con la lucha contra el fascismo. La Guerra Civil Española potenciaría la unidad y fuerza del antifascismo argentino, pero las consecuencias locales del Pacto Molotov-Ribentrop serían la articulación de dos facciones que no lograrían recuperar totalmente la confianza mutua tras 1941.

Tal como Bisso señala, y como se hace patente en la selección documental, el discurso antifascista sufrió importantes mutaciones a lo largo del período considerado. Así, si los argumentos que fundamentaban la necesidad de estructurar un frente antifascista fueron variando, también fueron mutando las definiciones del enemigo pasible de ser caracterizado como fascista. De tal modo, fueron rotulados como tales tanto los regímenes de Mussolini y Hitler cuanto las organizaciones nacionalistas locales (aunque se debe recordar que el mote de fascismo criollo vio la luz por primera vez con la caracterización que el Partido Comunista Argentino hiciera del yrigoyenismo a fines de la década de 1920), la dictadura de Uriburu, los gobiernos de Justo y Castillo, el régimen militar de 1943 —al que sin embargo buena parte de las organizaciones antifascistas habían recibido con expectativas, al igual que la mayor parte del arco político argentino— y finalmente Perón y el peronismo.

Paralelamente, tuvo un lugar relevante en la economía discursiva del antifascismo la denuncia de la nación amenazada por las potencias del eje, apelación en la que el rol quintacolumnista podía ser atribuido a una amplia variedad de personas o elementos. Si la creencia efectiva en una amenaza contra la nación motivó la creación de una Comisión Parlamentaria de Investigaciones de Actividades Antia argentinas en 1941, también daría pie a acciones de carácter instrumental y —en su momento y hasta nuestros días— a toda clase de fantasías sintetizadas en la figura del Cuarto Reich destinado a erigirse a orillas del Plata.

La introducción de Andrés Bisso y los documentos por él seleccionados dan cuenta también de las tensiones y combinaciones entre los llamados a la defensa de la tradición y a la revolución en el discurso antifascista, y de las distancias entre los que se consideraban miembros de una causa caracterizada simultáneamente como nacional, americana, internacionalista y humanitaria.

La trayectoria del antifascismo argentino contribuye a explicar en buena medida las características de una Unión Democrática que, heredera de dicha tradición, no logró

romper con las lentes que determinaban que el adversario político no pudiera ser caracterizado sino como un enemigo fascista. Tal como sostiene Bisso, hacia 1946 la herramienta antifascista “había cumplido su edad útil, desgastada por el uso constante e intenso a la que había sido sometido durante más de una década”. La sucedería un largo languidecer.

La selección de documentos para el análisis de la historia y la prensa antifascistas da cuenta de la variedad de las orientaciones y de los problemas que arriba señaláramos, a partir de la inclusión de las personalidades y grupos más representativos del campo, así como de algunas fuentes menos típicas, que permiten enriquecer el cuadro. Seguramente existirán lectores que lamenten que determinada figura u organización no se encuentren entre las seleccionadas, pero la amplitud del universo antifascista impide que en una selección razonable aparezcan la totalidad de las voces.

Los documentos están ordenados en cinco grandes secciones: “Manifiestos y otras formas de presentación del antifascismo”; “Las múltiples caras del antifascismo” en la que se presentan textos que definen como fascistas a diversos enemigos internos y externos, y adscriben el antifascismo a diversas causas y tradiciones; “La evolución temporal de la apelación antifascista”; “El antifascismo frente a la política: La Unidad y la división”; y “Escritores e historiadores en la prensa antifascista”. En esta última sección aparecen, entre otros, textos de Borges, Arlt, José Luís Romero, Levene y Ravnani, así como una contribución del por entonces estudiante Tulio Halperin Donghi en **Antinazi**, en 1945.

Al igual que en el caso del libro anterior de Bisso, este texto puede ser leído como un aporte específico al debate historiográfico generado en torno a la identificación entre antifascismo y comunismo sostenida, entre otros, por François Furet en **El Pasado de una ilusión**, y como una demostración de la pluralidad de la experiencia antifascista.

El Antifascismo argentino es un libro que muestra al antifascismo en sus facetas más virtuosas pero también en sus áreas más problemáticas, resultando una

importante contribución para el estudio específico del fenómeno y para el análisis de la historia política de la primera mitad del siglo XX argentino.

Daniel Lvovich
(UNGS - CONICET)

A propósito de Alejandro Blanco, **Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI (colección Historia y Cultura, dirigida por Luis Alberto Romero), 2006, 280 pp.; y Alejandro Blanco (selección de textos y estudio preliminar), **Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes (colección La ideología argentina, dirigida por Oscar Terán), 2006, 369 pp.

Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina se inscribe en un triple registro de interés. Por un lado, en las discusiones acerca de la figura de Gino Germani, que ya representan todo un tópico autónomo, en el marco de las cuales Blanco da un quiebre definitivo con las lecturas tradicionales. Por otro lado, su versión de la historia de la sociología argentina puede ser contextualizada en el creciente interés por la génesis y el desarrollo de las diversas disciplinas científicas y, en particular, por la constitución del conocimiento social en la Argentina. En este registro, Blanco atiende a zonas inexploradas, como el período del peronismo, y ofrece un relato rico y atento a la diversidad de los contextos que tematiza. En tercer lugar, sus planteos se inscriben también en el marco de las discusiones contemporáneas acerca de la historia intelectual, de las cuales Blanco pone en juego una sofisticada versión apuntando a un núcleo crítico decisivo: la ascensión de la radical historicidad de los discursos como vía hacia una práctica más reflexiva de la disciplina y su historia.

Razón y modernidad está organizado en tres partes hábilmente articuladas y equilibradas. El primer capítulo de la primera parte funciona como una obertura a la totalidad del libro, pues instala el talante crítico que guiará todo el recorrido. ¿Cómo escribir la historia de la sociología? Blanco constata, en una prolija histo-

ría del problema, que tradicionalmente las historias de la sociología, aunque escritas por sociólogos, se mostraron escasamente sociológicas, además de muy poco históricas. Los que afirmaban la pertenencia de la sociología al universo de las humanidades, sostuvieron un modelo de "sociología perennis" según el cual los problemas y cuestiones son siempre en términos generales los mismos (los nuestros, claro). Los que anhelaban la equiparación de la sociología a los parámetros de las ciencias naturales, defendieron un modelo de "sociología científica" que examina su pasado a la luz del conocimiento científico corriente (que es nuestro paradigma actual, por supuesto). En ambos casos la historia de la teoría es eximida de vaivenes y claroscuros, aplanada en una superficie horizontal y homogénea, como un conjunto de respuestas a los mismos problemas. Respuestas variadas y todas igualmente válidas que, verdaderas o falsas, son cada vez más próximas a una "ciencia" despojada de "ideología", en la perspectiva científica. En el "presentismo" intemporal de la primera tanto como en el "progresismo" científico de la segunda, la complejidad de la historia se sacrifica en aras de un presente del saber sociológico erigido en norma de su propio pasado. En vez de estudiar el proceso concreto por el cual las teorías emergen, cambian, permanecen o se extinguen, estas historias están orientadas a legitimar una determinada concepción de la disciplina. Este trasfondo normativo otorgó a las historias de la sociología tradicionales un carácter marcadamente ahistórico. Recién desde mediados de los años 60, con los desarrollos en la historia de la ciencia de parte de Thomas Kuhn y luego con los planteos que realizaron figuras como Quentin Skinner para la historia del pensamiento político, se desplegará una "ofensiva historicista" que comenzará a dar sus frutos, ya desde mediados de los 70, en las historias de la sociología. Lo que se planteaba por primera vez era el carácter histórico no sólo de las respuestas sino fundamentalmente de las propias preguntas. De aquí la exigencia de comprender el pasado de la ciencia "en sus propios términos" y la consecuente crítica de los "anacronismos" productos de la transferencia al pasado de conceptos y criterios de nuestro presente. Este reclamo nos lleva más allá

de la historia inmanente del desarrollo de las teorías sociológicas, hacia el estudio de los "contextos" de emergencia de las teorías y a las "intenciones" de los actores de la disciplina, desplegadas en estrategias nunca meramente intelectuales. De este modo, Blanco se propone la ardua y minuciosa tarea de comprender la singularidad de su objeto, atendiendo por tanto a la materialidad de los procesos de su efectiva emergencia y constitución histórica (instituciones, editoriales, Estado, etc.). Puestas bajo esta luz, categorías tradicionales de la historia de la sociología, como las de "padres fundadores" o "textos clásicos", remiten mucho menos a la materialidad de la historia disciplinar que a las operaciones de construcción retrospectiva sobre la misma. Reconociendo el carácter problemático de las ideas de "contexto" y de "intención", Blanco las reivindica críticamente como piezas clave de un "historicismo atemperado" que permita superar toda explicación normativa. Esto implica, en lo diacrónico, obtener toda narración teleológica que eleve el presente de la disciplina en criterio de su propio pasado; y, en lo sincrónico, deconstruir las dicotomías consagradas (ensayo/ciencia, tradición/modernidad, etc.), que también han operado como dispositivos normativos de legitimación.

En el resto de esta primera parte Blanco reconstruye el proceso de institucionalización de la sociología antes de Germani. Con este gesto, disuelve varios lugares comunes. Reconoce que ya desde la fundación del Instituto de Sociología bajo la dirección de Ricardo Levene en 1940, nos encontramos ante una incipiente pero decidida construcción del campo. Hay sociología antes de Germani, y Germani más que "fundador" será un refundador de un campo en pleno desarrollo. Para esto, Blanco diluye, además, el supuesto de que durante el peronismo no hubo desarrollo de la sociología. Por el contrario, en ese período se establecieron las principales bases organizativas de la disciplina, y la enseñanza de la sociología experimentó un mayor grado de inserción en el sistema universitario. Es entonces cuando se consolidan los actores que luego disputarán el campo cuando Germani intente su ofensiva a partir de 1955.

La segunda parte ofrece un examen genético y sutil del proyecto intelectual de Germani, que deja sin sustento a las lecturas convencionales que lo reducían a una implantación local del funcionalismo norteamericano. Blanco adopta una actitud genealógica al prestar atención a la silenciosa gestación del proyecto de Germani antes de la "revolución Libertadora", rastreando la procedencia precaria y contingente de la empresa que cristaliza en 1957. Además, y como consecuencia de ese regreso a la cocina del héroe, Blanco se interna en el análisis de una de las principales ocupaciones de Germani en ese período, la labor editorial. Esta "contextualización" y atención a los efectivos soportes materiales de su estrategia, de su "intención", son corolarios de la propuesta metodológica de Blanco. El estudio de la labor editorial de Germani, que es sin dudas uno de los aportes más originales del libro, es la principal clave de desmontaje de las lecturas consagradas, pues muestra la contaminación con disciplinas y con tradiciones intelectuales ajenas a la sociología funcionalista norteamericana. Desde 1944 y hasta principios de los '70, Germani desarrolla su actividad editorial primero en Abril y luego en Paidós, editando, traduciendo y prologando un universo teórico que resultó decisivo, tanto en la constitución de su perfil intelectual cuanto en el diseño de su intervención institucional: K. Horney, H. Laski, G. de Ruggiero, C. Wright Mills, G. H. Mead, D. Riesman, F. Neumann, E. Fromm, etc., nombres no sólo difícilmente clasificables como sociólogos, sino en casi todos los casos marginales e incluso críticos del funcionalismo. De este universo, a Blanco le interesa particularmente la presencia de la "escuela de Frankfurt", sobre todo la traducción y la introducción de **El miedo a la libertad** de Fromm, pues representa una constelación intelectual en torno a la que se articulan dos aspectos centrales del proyecto germaniano redescubierto en este trabajo: en primer lugar, la problemática convivencia de una autocomprensión positivista con una crítica de la razón instrumental que tensiona desde el comienzo el proyecto de la "sociología científica"; en segundo lugar, la incorporación del psicoanálisis en la teoría social, en vistas de una "psicología social" fraguada en el psicoanálisis "revisionista" de